

LA SANGRE

Volumen 1 – Sermón No. 228

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
12 DE DICIEMBRE DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Y veré la sangre y pasaré de vosotros.”
Éxodo 12:13***

El pueblo de Dios siempre está a salvo. “Todos los santos están en Su mano”. Y la mano de Dios es un lugar de seguridad, así como un lugar de honor. Nada puede dañar al hombre que ha hecho de Dios su refugio. “Tú has dado mandamiento para salvarme”, dijo David, y todo hijo creyente de Dios puede decir lo mismo. La peste, el hambre, la guerra, la tempestad, todos estos han recibido mandamiento de Dios para salvar a Su pueblo. Aunque la tierra se balancee bajo los pies del hombre, el cristiano puede mantenerse firme, y aunque los cielos se enrollen y el firmamento desaparezca como un pergamino quemado por el calor ferviente, el cristiano no necesita temer. El pueblo de Dios será salvo, si no pueden ser salvos debajo de los cielos, serán salvos en los cielos. Si no hay seguridad para ellos en el tiempo de angustia sobre esta tierra sólida, serán “arrebataados juntamente con el Señor en el aire, y así estarán siempre con el Señor”, y siempre a salvo.

Ahora bien, en el tiempo del que habla este Libro del Éxodo, Egipto estaba expuesto a un terrible peligro. Jehová mismo estaba a punto de marchar por las calles de todas las ciudades de Egipto. No era simplemente un ángel destructor, sino Jehová mismo, porque así está escrito: “Pasaré por la tierra de Egipto esta noche y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, tanto de hombres como de animales”. Nadie menos que el YO SOY, el gran Dios, había prometido “cortar a Rahab” con la espada de la venganza. Temblad, habitantes de la tierra, porque Dios ha descendido entre vosotros, provocado, indignado y finalmente despertado de Su aparente sueño de paciencia. Se ha ceñido Su terrible espada y ha venido para heriros. Temblad de miedo, todos los que tenéis pecado dentro de vosotros, porque cuando Dios ande por las calles, espada en mano, ¿no os herirá a todos?

¡Pero escucha! Habla la voz de la misericordia del Pacto. Los hijos de Dios están a salvo, aunque un Dios enojado está en las calles. Así como están a salvo de la vara de los impíos, así están a salvo de la espada de la justicia, siempre y para siempre a salvo.

Porque no había ni un solo cabello de la cabeza de un israelita, que fuera tan siquiera tocado, Jehová los mantuvo a salvo debajo de Sus alas, si bien desgarró a Sus enemigos como un león, protegió a Sus hijos, a cada uno de ellos. Pero, amados, si bien esto siempre es cierto, que el pueblo de Dios está a salvo, hay otro hecho que es igualmente cierto, a saber, que el pueblo de Dios solo está a salvo a través de la sangre. La razón por la que Dios perdona a Su pueblo en el momento de la calamidad, es porque Él ve la marca de sangre en su frente.

¿Cuál es la base de esa gran Verdad de Dios, que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios? ¿Cuál es la causa de que todas las cosas les produzcan bien sino esto: que son comprados con la sangre preciosa de Cristo? Por eso es que nada les puede hacer daño, porque la sangre está sobre ellos y toda cosa mala debe pasar de largo. Así fue aquella noche en Egipto, Dios mismo estaba afuera con Su espada, pero los perdonó, porque vio la marca de sangre en el dintel y en los dos postes laterales, y así es con nosotros. En el día en que Dios, en el ardor de su ira, salga de su morada para aterrorizar a la tierra y condenar a los impíos, estaremos seguros. Si estamos cubiertos con la justicia del Salvador y rociados con Su sangre, somos hallados en Él.

¿Escucho a alguien decir que ahora estoy llegando a un tema antiguo? Este pensamiento me golpeó cuando me estaba preparando para predicar, que tendría que contarles una vieja historia otra vez, y justo cuando estaba pensando en eso, dando la vuelta a un libro, me encontré con una anécdota de Judson, el misionero en Birmania. Había pasado por dificultades inauditas y había realizado hazañas peligrosas para su Maestro. Regresó, después de treinta años de ausencia, a América. Anunciado para dirigirse a una asamblea en una ciudad de provincia, y una gran concurrencia que se había reunido desde grandes distancias para escucharlo, se levantó al final del servicio habitual y, como todos los ojos estaban fijos y todos los oídos atentos, habló durante unos quince minutos, con mucha emoción, del precioso Salvador, de lo que había hecho por nosotros y de lo que le debíamos. Y se sentó, visiblemente afectado.

"La gente está muy decepcionada", le dijo un amigo de camino a casa, "se extrañan de que no hayas hablado de otra cosa". "Porque, ¿qué querían?" él respondió: "Presenté, lo mejor que pude, el tema más interesante del mundo". "Pero querían algo diferente, una historia". "Bueno, estoy seguro de que les conté una historia, la más emocionante que se pueda concebir". "Pero ya lo habían oído antes, querían algo nuevo de un hombre que acababa de llegar de las antípodas". "Entonces me alegro de que tengan que decir que un hombre que viene de las antípodas, no tenía nada mejor que contar que la maravillosa historia del amor moribundo de Jesús. Mi tarea es predicar el Evangelio de Cristo, y cuando puedo hablar, no me atrevo a jugar con mi comisión.

Cuando miré a esas personas hoy y recordé dónde debería reunirme con ellas, ¿Cómo podría ponerme de pie y proporcionar alimento a la vana curiosidad, cosquillear su fantasía

con historias divertidas, por muy decentemente ensartadas que estén en un hilo de religión? Eso no es lo que Cristo quiso decir con predicar el Evangelio. Y entonces, ¿cómo podría de aquí en adelante enfrentarme a la terrible acusación, 'Te di una oportunidad para hablarles de Mí, ¡te la gastaste describiendo tus propias aventuras!'

Así que pensé, bueno, si Judson contó la vieja historia después de haber estado fuera treinta años y no pudo encontrar nada mejor, simplemente regresaré a este viejo tema, que siempre es nuevo y siempre fresco para nosotros: la sangre preciosa de Cristo, por quien somos salvos. Primero, entonces, la sangre. En segundo lugar, su eficacia. En tercer lugar, la única condición anexa: "Cuando vea la sangre". Y, en cuarto lugar, la lección práctica.

1. Primero, entonces, **LA SANGRE MISMA.** En el caso de los israelitas fue la sangre del Cordero Pascual. En nuestro caso, amados, es la sangre del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

La sangre de la que tengo que hablar solemnemente esta mañana es, ante todo, la sangre de una Víctima designada por Dios. Jesucristo no vino a este mundo sin designación, Él fue enviado aquí por Su Padre. Este, de hecho, es uno de los fundamentos subyacentes de la esperanza del cristiano. Podemos confiar en la aceptación de Jesucristo por parte de Su Padre, porque Su padre lo ordenó para ser nuestro Salvador desde antes de la fundación del mundo. Pecador, cuando te predico la sangre de Cristo esta mañana, estoy predicando algo que agrada a Dios, porque Dios mismo escogió a Cristo para ser el Redentor. Él mismo lo apartó desde antes de la fundación del mundo y Él mismo, Jehová el Padre, cargó en Él el pecado de todos nosotros.

El sacrificio de Cristo no se te presenta sin autorización, no es algo que Cristo hizo subrepticamente y en secreto. Estaba escrito en el gran decreto desde toda la eternidad, que Él era el Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo. Como Él mismo dijo: "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí". Es la voluntad de Dios que la sangre de Jesús sea derramada. Jesús es el Salvador elegido por Dios para los hombres. Y aquí, cuando me dirijo a los impíos, aquí, digo, hay un poderoso argumento con ellos. ¡Pecador! puedes confiar en Cristo, que Él es poderoso para salvarte de la ira de Dios, porque Dios mismo lo ha designado para salvar.

Cristo Jesús, también, como el cordero, no sólo fue una Víctima designada por Dios, sino que no tenía mancha. Si hubiera habido un solo pecado en Cristo, Él no habría sido capaz de ser nuestro Salvador, pero Él no tenía mancha ni mancha, sin pecado original, sin ninguna transgresión práctica. En Él no hubo pecado, aunque fue "tentado en todo según nuestra semejanza".

Aquí, de nuevo, está la razón por la cual la sangre es capaz de salvar, porque es la sangre de una Víctima inocente, una Víctima sólo porque Su muerte está en nosotros y no en Él mismo. Cuando el pobre cordero inocente fue muerto por el cabeza de familia de Egipto, puedo imaginar que pensamientos como estos pasaron por su mente. "Ah", decía, mientras clavaba el cuchillo en el cordero, "esta pobre criatura muere, no por ninguna culpa que haya tenido, sino para demostrarme que soy culpable y que merezco morir así". Vuelve, entonces, tu mirada a la Cruz y verás a Jesús sangrando allí y muriendo por ti. Recuerda,

"Por los pecados que no son suyos, Él murió para expiarlos".

El pecado no tuvo asidero en Él, nunca lo turbó. El príncipe de este mundo vino y miró, pero dijo: "Nada tengo en Cristo. No hay lugar para que yo plante mi pie, ningún pedazo de tierra corrupta que pueda llamar mía". Oh pecador, la sangre de Jesús puede salvarte porque Él mismo era perfectamente inocente y "Él murió, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios".

Pero algunos dirán: "¿Por qué la sangre de Cristo tiene tal poder para salvar?" Mi respuesta no es solo porque Dios designó esa sangre, y porque era la sangre de un ser inocente y sin mancha, sino porque Cristo mismo era Dios. Si Cristo fuera un mero hombre, mis lectores, no se les podría exhortar a confiar en Él. Si Él fuera tan inmaculado y santo, no habría eficacia en Su sangre para salvar, pero Cristo era "verdadero Dios de verdadero Dios". La sangre que Jesús derramó era como la sangre de Dios, era la sangre del hombre, porque Él era Hombre como nosotros, pero la Divinidad estaba tan aliada con la humanidad, que la sangre derivó eficacia de ella.

¿Te imaginas cuál debe ser el valor de la sangre del amado Hijo de Dios? No, no puedes ponerle una estimación que llegue a una millonésima parte de su preciosidad. Yo sé que estimas esa sangre como más allá de todo precio si has sido lavado en ella, pero sé también que no lo estimas lo suficiente. Fue la maravilla de los ángeles que Dios se dignara morir. Será la maravilla de todas las maravillas, la maravilla incesante de la eternidad, que Dios se haga Hombre para morir. Oh, cuando pensamos que Cristo fue el Creador del mundo y que sobre Sus hombros que todo lo sostienen colgó el universo, no podemos maravillarnos de que Su muerte sea poderosa para redimir y que Su sangre limpie del pecado.

Venid aquí, Santos y Pecadores. Reúnanse y júntense alrededor de la Cruz y vean a este Hombre, vencido por la debilidad, desmayándose, gimiendo, sangrando y muriendo. Este Hombre es también "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos", ¿No hay poder para salvar? ¿No hay eficacia en sangre como esa? ¿Puedes imaginar algún tramo de pecado que demuestre ser mayor que el poder de la Divinidad, cualquier altura de iniquidad que supere los desniveles de lo Divino?

¿Puedes concebir una profundidad de pecado que sea más profunda que el Infinito? ¿Una amplitud de iniquidad que será más amplia que la Deidad? Debido a que Él es Divino, Él es "poderoso para salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios". Divinidad designada, sin mancha y Divina, Su sangre es la sangre por la cual puedes escapar de la ira y la ira de Dios.

Una vez más, la sangre de la que hablamos hoy es sangre una vez derramada por muchos para la remisión de los pecados. El cordero pascual era inmolado todos los años, pero ahora Cristo ha aparecido para quitar el pecado ofreciéndose a sí mismo y ya no hay más mención del pecado, porque Cristo ha quitado el pecado de una vez por todas mediante el ofrecimiento de sí mismo. El judío sacrificaba el cordero todas las mañanas y todas las tardes, porque había una mención continua del pecado, la sangre del cordero no pudo quitarlo. El cordero servía para hoy, pero estaba el pecado de mañana, ¿qué hacer con eso? Vaya, una nueva víctima debe sangrar.

Pero, oh, querido oyente, nuestro mayor gozo es que la sangre de Jesús ha sido derramada una vez y Él ha dicho: "Consumado es". Ya no hay necesidad de sangre de toros ni de machos cabríos, ni de ningún otro sacrificio. Ese único sacrificio ha "perfeccionado para siempre a los que son santificados". ¡Pecador tembloroso! ven a la Cruz de nuevo, tus pecados son pesados y muchos, pero la expiación por ellos se completa con la muerte de Cristo. ¡Mira, entonces, a Jesús y recuerda que Cristo no necesita nada para complementar Su sangre! El camino entre Dios y el hombre está terminado y abierto, el manto para cubrir tu desnudez está completo, sin un trapo tuyo. El baño en el que os lavaréis está lleno, lleno hasta el borde y no necesita que se le añada nada. "¡Esta terminado!" Deja que eso suene en tus oídos, no hay nada ahora que pueda impedir que seas salvo, si Dios te ha hecho dispuesto ahora a creer en Jesucristo. Él es un Salvador completo, lleno de Gracia para un pecador vacío.

Y, sin embargo, debo agregar un pensamiento más y luego dejar este punto. La sangre de Jesucristo es sangre que ha sido aceptada. Cristo murió, Él fue sepultado, pero ni el cielo ni la tierra podían decir si Dios había aceptado el rescate. Se necesitaba el sello de Dios sobre la gran Carta Magna de la salvación del hombre y ese sello fue puesto, querido lector, en la hora en que Dios llamó al ángel y le ordenó descender del Cielo y quitar la piedra. Cristo fue puesto en vil confinamiento en la prisión de la tumba, como rehén para Su pueblo. Hasta que Dios haya firmado la orden de absolución de todo su pueblo, Cristo debe permanecer en los lazos de la muerte. Él no intentó escapar de Su prisión, Él no salió ilegalmente, derribando los barrotes de Su mazmorra, Él esperó, Él envolvió las vendas, doblándola por sí mismo y Él puso las vendas en un lugar separado.

Esperó, esperó pacientemente. Y por fin desde los cielos, como el destello de un meteorito, el ángel descendió, tocó la piedra y la hizo rodar. Y cuando Cristo salió, resucitando de entre los muertos en la gloria del poder de Su Padre, entonces se puso el sello sobre los grandes

diagramas de nuestra redención. La sangre fue aceptada y el pecado fue perdonado. Y ahora, Alma, no es posible que Dios te rechace, si acudes hoy a Él, suplicando la sangre de Cristo. Dios no puede, y aquí también hablamos con reverencia, el Dios eterno no puede rechazar a un pecador que invoca la sangre de Cristo, porque si lo hiciera, sería para negarse a sí mismo, y para contradecir todos Sus actos anteriores. Ha aceptado sangre y la aceptará. Él nunca puede revocar esa aceptación Divina de la resurrección. Y si vas a Dios, mi lector, suplicando simple y únicamente la sangre de Aquel que colgó del madero, Dios debe deshacer a Dios mismo antes de poder rechazarte, o rechazar esa sangre.

Y, sin embargo, temo no haber podido hacerte pensar en la sangre de Cristo. Te suplico, entonces, por un momento, trata de imaginarte a Cristo en la Cruz, deja que tu imaginación imagine la variopinta tripulación reunida alrededor de esa pequeña colina del Calvario. Levanta ahora tus ojos y mira las tres cruces puestas sobre ese montículo ascendente, mira en el centro la frente coronada de espinas de Cristo. ¿Ves las manos que siempre han estado llenas de bendición, clavadas en el madero maldito? ¿miras Su amado rostro, más desfigurado que el de cualquier otro hombre? ¿Lo ves ahora, cuando Su cabeza se inclina sobre Su pecho en las extremas agonías de la muerte? Él era un Hombre de verdad, recuérdalo. Era una verdadera Cruz. No pienses en estas cosas como invenciones, fantasías y romances, existió tal Ser y murió como lo describo. Deja que tu imaginación lo conciba y luego siéntate quieto por un momento y medita en este pensamiento: "La sangre de ese hombre, a quien ahora veo morir en agonía, debe ser mi redención. Y si quiero ser salvo, debo poner mi única confianza en lo que Él sufrió por mí, cuando Él mismo 'llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero'". Si Dios Espíritu Santo os ayudare, entonces estaréis en condiciones de pasar al segundo punto.

2. LA EFICACIA DE ESTA SANGRE. "Y veré la sangre y pasaré de vosotros".

La sangre de Cristo tiene tal poder divino para salvar, que nada sino ella puede salvar el alma. Si algún israelita insensato hubiera despreciado el mandato de Dios y hubiera dicho: "Rociaré otra cosa sobre los marcos de las puertas", o "Adornaré el dintel con joyas de oro y plata", habría perecido. Nada podía salvar a su hogar excepto la sangre rociada. Y ahora recordemos todos que "nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, Jesucristo", porque "no hay otro nombre dado a los hombres en que podamos ser salvos". Mis obras, mis oraciones, mis lágrimas, no pueden salvarme. La sangre, solo la sangre, tiene poder para redimir. Los sacramentos, por muy bien que se los atienda, no pueden salvarme. Nada sino Tu sangre, oh Jesús, puede redimirme de la culpa del pecado.

Aunque deba dar ríos de aceite y diez mil de la grasa de las bestias cebadas, sí, aunque diera mi primogénito por mi transgresión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma, todo sería inútil. Nada sino la sangre de Jesús tiene en sí el más mínimo poder salvador.

¡Oh, vosotros que estáis confiando en vuestro Bautismo infantil, vuestra Confirmación y vuestra Cena del Señor, estáis confiando en una mentira! Nada sino la sangre de Jesús puede salvar. No me importa cuán correcta sea la ordenanza, cuán verdadera la forma, cuán bíblica sea la práctica, todo es una vanidad para ti si confías en ella. Dios me libre de decir una palabra en contra de las ordenanzas, o en contra de las cosas santas, pero mantenlas en su lugar. Si los conviertes en la base de la salvación de tu alma, son más ligeros que una sombra y cuando más los necesites encontrarás que te fallan.

No hay, lo repito de nuevo, el más mínimo átomo de poder salvador en ninguna parte sino en la sangre de Jesús. Esa sangre tiene el único poder para salvar y cualquier otra cosa en la que confíes será un refugio de mentiras. Esta es la roca y esta es la obra que es perfecta, pero todas las demás cosas son sueños de día, deben ser barridas en el día en que Dios venga a probar nuestra obra de qué clase es. **LA SANGRE** se destaca en solitaria majestad, única roca de nuestra salvación.

Esta sangre no es simplemente lo único que puede salvar, sino que debe salvar sola. Pon cualquier cosa con la sangre de Cristo y estás perdido, confía en cualquier otra cosa con esto y perecerás. "Es cierto", dice uno, "que el Sacramento no puede salvarme, pero en eso confiaré, y también en Cristo". Entonces eres un hombre perdido, tan celoso es Cristo de su honor, que cualquier cosa que pongas con Él, por buena que sea, se convierte, por el hecho de ponerla con Él, en una cosa maldita. ¿Y qué es lo que pondrías con Cristo? ¿tus buenas obras? ¿qué? ¿pondrías en yugo a un reptil con un ángel, te unirás al carro de la salvación con Cristo? ¿cuáles son tus buenas obras? Tus justicias son "como trapo de inmundicia", ¿y los trapos de inmundicia se unirán a la inmaculada justicia celestial de Cristo? No lo hace y no lo hará.

Confía solo en Jesús y no puedes perecer, pero confíe en cualquier cosa junto con Él y seguramente serás condenado como si confiaras en tus pecados. ¡Jesús solamente, Jesús solamente, Jesús solamente! Esta es la Roca de nuestra salvación. Y aquí permítanme detenerme y combatir algunas formas y maneras que siempre toma nuestra auto justicia. "Oh", dice alguien, "podría confiar en Cristo si sintiera más mis pecados". Señor, eso es un error condenatorio. ¿Es en parte su arrepentimiento, su sentido del pecado, un Salvador? ¡Pecador! ¡La sangre es para salvarte, no tus lágrimas, la muerte de Cristo, no tu arrepentimiento! Se te pide este día que confíes en Cristo, no en vuestros sentimientos, no en vuestros dolores a causa del pecado. Muchos hombres han sido llevados a una gran angustia del alma, porque han mirado más a su arrepentimiento que a la obediencia de Cristo.

***"Si tus lágrimas fluyeran para siempre,
si tu celo no tuviera tregua;
todo por lo que el pecado no pudo expiar,
Cristo debe salvar y solo Cristo".***

"No", dice otro, "pero siento que no valoro la sangre de Cristo como debo y por eso tengo miedo de creer". Amigo mío, esa es otra forma insidiosa del mismo error. Dios no dice: "Cuando vea tu estimación de la sangre de Cristo, pasaré de largo. No, sino cuando vea la sangre". No es tu estimación de esa sangre, es la sangre que te salva. Como dije antes, esa sangre magnífica, solitaria, debe estar sola. "No", dice otro, "pero si tuviera más fe entonces tendría esperar". Eso, también, es una forma muy mortal del mismo mal. Tú no debes ser salvo por la eficacia de su fe, para considerar tu creencia como salvación. Ningún hombre irá al cielo si confía en su propia fe, tanto puedes confiar en tus propias buenas obras como confiar en tu fe. Tu fe debe tratar con Cristo, no consigo misma.

El mundo no depende de nada, pero la fe no puede depender de sí misma, debe depender de Cristo. A veces, cuando mi fe es vigorosa, me sorprendo haciendo esto. Hay gozo fluyendo en mi corazón y después de un tiempo, empiezo a darme cuenta de que mi gozo se va repentinamente. Pregunto las causas y encuentro que el gozo vino porque estaba pensando en Cristo, pero cuando empiezo a pensar en mi alegría, entonces mi alegría se esfuma. No debes pensar en tu fe sino en Cristo. La fe viene de la meditación en Cristo. Vuelve, pues, tu mirada, no a la fe, sino a Jesús. No es tu asimiento de Cristo lo que te salva, es Su asimiento de ti, no es la eficacia de tu fe en Él, es la eficacia de Su sangre aplicada a ti a través del Espíritu.

No sé cómo entender suficientemente a Satanás en todos sus giros en el corazón humano, excepto en esto. Sé que él siempre está tratando de ocultar esta gran Verdad de Dios: la sangre, y solo la sangre, tiene poder para salvar. "Oh", dice otro, "si tuviera tal y tal experiencia entonces podría confiar". Amigo, no es tu experiencia, es la **SANGRE**, Dios no dijo: "Cuando vea tu experiencia", sino: "Cuando vea la sangre de Cristo", "no", dice uno, "pero si tuviera tales y tales gracias, podría tener esperanza", no, pero Él no dijo: "Cuando vea tus gracias", sino, "Cuando vea la sangre". Obtén gracia, obtén todo lo que puedas de fe, amor y esperanza, pero, oh, no los pongas donde debería estar la sangre de Cristo. El único pilar de su esperanza debe ser la Cruz, y cualquier otra cosa que pongan para apuntalar la Cruz de Cristo es odioso a Dios y deja de tener alguna virtud en ello, porque es un anticristo. La sangre de Cristo, entonces, **SOLAMENTE**, salva, pero nada con esto y no salva.

Una vez más, podemos decir de la sangre de Cristo que es todo suficiente. No hay caso que la sangre de Cristo no pueda resolver, no hay pecado que no pueda lavar, no hay multiplicidad de pecados que no pueda limpiar, ni agravamiento de la culpa que no pueda eliminar.

Puede que estés teñido dos veces como escarlata, puede que hayas yacido en la mentira de tus pecados estos setenta años, pero la sangre de Cristo puede quitar la mancha. Puede que lo hayas blasfemado casi tantas veces como has respirado, puede que lo hayas rechazado tantas veces como has escuchado Su nombre, puede que hayas quebrantado Su día de reposo,

que hayas negado Su existencia, que hayas dudado de Su Deidad, que hayas perseguido a Sus siervos, que hayas pisoteado Su sangre, pero todo esto la sangre puede lavarlos. Es posible que hayas cometido prostitución sin número, puede que hayas cometido fornicaciones sin número, el asesinato mismo puede haber mancillado tus manos, pero esta fuente llena de sangre puede lavar todas las manchas.

La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado. No hay especie de hombre, no hay aborto de la humanidad, no hay demonio en forma humana que esta sangre no pueda lavar. El infierno puede haber buscado hacer un modelo de iniquidad, puede haber luchado para poner pecado y más pecado y más pecado juntos, hasta que ha hecho un monstruo en forma de hombre, un monstruo aborrecido por la humanidad, pero la sangre de Cristo puede transformar ese monstruo, los siete demonios de Magdalena los puede expulsar, puede aliviar la lepra profundamente arraigada, puede curar la herida del mutilado, sí, puede restaurar el miembro perdido. No hay enfermedad espiritual que el gran Médico no pueda curar. Esta es la gran panacea, la medicina para todas las enfermedades. Ningún caso puede exceder su virtud, ya sea tan negro o vil. Todo suficiente por la Sangre.

Pero ve más allá, la sangre de Cristo salva ciertamente. Mucha gente dice: "Bueno, espero ser salvo por la sangre de Cristo". Y tal vez, dice uno aquí, que está creyendo en Cristo, "bueno, espero que salve". Mi querido amigo, eso es un insulto al honor de Dios, si un hombre te hace una promesa y dices: "Bueno, espero que la cumpla", ¿no está implícito que tienes al menos una pequeña duda sobre si la cumplirá o no? Ahora, no espero que la sangre de Cristo lave mi pecado, sé que es lavada por Su sangre y esa es la verdadera fe que no espera en la sangre de Cristo, sino que dice: "Yo sé que es así, esa sangre limpia. En el momento en que se aplicó a mi conciencia, limpió y aún limpia".

El israelita, si era fiel a su fe, no entraba y decía: "Espero que el ángel destructor pase a mi lado", sino que él dijo: "Sé que lo hará, sé que Dios no puede herirme, sé que Él no lo hará. Ahí está la marca de la sangre, estoy seguro más allá de toda duda, no hay la sombra de un riesgo de mi perecer. Yo soy, yo debo ser salvado". Y por eso predico un Evangelio seguro esta mañana: "Todo aquel que cree en el Señor Jesucristo no se pierda, sino que tenga vida eterna". "Yo doy a Mis ovejas vida eterna", dijo Él, "y no perecerán, ni nadie las arrebatará de Mi mano". Oh, pecador, no tengo la menor duda de si Cristo te salvará si confías en Su sangre. Oh no, sé que Él lo hará, estoy seguro de que Su sangre puede salvar. Y os lo ruego, en el nombre de Cristo, creed lo mismo. Cree que esa sangre seguramente limpiará, no sólo que pueda limpiar, sino que debe limpiar, "por lo cual debemos ser salvos", dice la Escritura.

Si tenemos esa sangre sobre nosotros, debemos ser salvos, o de lo contrario debemos suponer un Dios infiel y cruel, de hecho, un Dios transformado de todo lo que es Dios en todo lo que es bajo.

Y una vez más, el que tiene esta sangre rociada sobre él se salva por completo. Ni el cabello de la cabeza de un israelita fue movido por el ángel destructor. Fueron completamente salvos, así que el que cree en la sangre es salvo de todas las cosas. Me gusta la traducción antigua del capítulo de Romanos. Una vez se convocó a un mártir ante Bonner, y después de haber expresado su fe en Cristo, Bonner dijo: "Eres un hereje y serás condenado". "No", dijo él, citando la versión antigua, "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que creen en Cristo Jesús". Y eso trae un dulce pensamiento ante nosotros, no hay condenación para el hombre que tiene la sangre de Cristo sobre él, no puede ser condenado por Dios, es imposible. No hay tal cosa, no puede haber tal cosa, no hay condenación, no puede ser condenado, porque no hay condenación para el que está en Cristo Jesús. Que la sangre se aplique al dintel y al poste de la puerta; no hay destrucción.

Hay un ángel destructor para Egipto, pero no lo hay para Israel. Hay un Infierno para los malvados, pero ninguno para los justos, y si no hay ninguno, no se pueden poner allí. Si no hay condenación, no pueden sufrirla. Cristo salva por completo, se lava todo pecado, se asegura toda bendición, se proporciona la perfección y la gloria eterna es el resultado seguro. Pienso, entonces, que me he detenido lo suficiente en la eficacia de Su sangre, pero ninguna lengua de serafín puede hablar jamás de su valor. Debo ir a casa a mi habitación y llorar porque soy incapaz de contar esta historia y, sin embargo, me he esforzado por contarla con sencillez, para que todos puedan entender. Y ruego, por lo tanto, que Dios el Espíritu pueda guiar a algunos de ustedes a poner su confianza simple, total y completamente en la sangre de Jesucristo.

3. Esto nos lleva al tercer punto, sobre el cual debo ser muy breve y el tercer punto es: **LA CONDICIÓN ÚNICA.** "¿Qué?" dice uno, "¿Predica usted una salvación condicional?" Sí, lo hago, existe una condición: "y veré la sangre y pasaré de vosotros". ¡Qué bendita condición! Dios no dice, cuando veas la sangre sino cuando Yo la vea. Tu ojo de la fe puede estar tan nublado que no puedas ver la sangre de Cristo. Sí, pero los ojos de Dios no son oscuros, Él puede verlo, sí, Él debe verlo, porque Cristo en el Cielo está siempre presentando Su sangre ante el rostro de Su Padre. El israelita no podía ver la sangre, estaba dentro de la casa, no podía ver lo que había en el dintel y el poste de la puerta, pero Dios podía verlo. Y esta es la única condición para la salvación del pecador: que Dios vea la sangre. No que tú la estás viendo.

¡Oh, cuán seguros, entonces, están todos los que confían en el Señor Jesucristo! No es su fe la condición de su seguridad. Es el simple hecho de que el Calvario se encuentra perpetuamente ante los ojos de Dios en un Salvador resucitado y ascendido. "Cuando vea la sangre, pasaré de largo". Caed de rodillas, entonces, en oración, almas que dudan y que esta sea vuestra súplica: "Señor, ten misericordia de mí por amor a la sangre. No puedo verlo como

quisiera, pero Señor, Tú lo ves y Tú has dicho: 'y veré la sangre y pasaré de vosotros'. Señor, lo ves este día, pasa por alto mi pecado y perdóname solo por tu amor”.

4. Y ahora, por último, **¿CUÁL ES LA LECCIÓN?** La lección del texto es esta para el cristiano. Cristiano, ten cuidado de recordar siempre que nada más que la sangre de Cristo puede salvarte. Me predico hoy a mí mismo lo que os predico. A menudo me encuentro así: he estado orando para que el Espíritu Santo descansa en mi corazón y limpie una mala pasión, y actualmente me encuentro lleno de dudas y temores y cuando pregunto la razón, encuentro que es esto: he estado observando la obra del Espíritu hasta que puse la obra del Espíritu donde debería estar la obra de Cristo. Ahora, es un pecado poner tus propias obras donde deberían estar las de Cristo, pero es igualmente pecado poner allí la obra del Espíritu Santo. Nunca debes hacer del Espíritu de Dios un anticristo y virtualmente lo haces cuando pones la obra del Espíritu como base de tu fe.

¿No escuchan a menudo a hombres cristianos decir: “No puedo creer en Cristo hoy como ayer, porque ayer sentí goces tan dulces y benditos”? Ahora, ¿qué es eso sino poner sus marcos y sentimientos donde Cristo debería estar? Recuerda, la sangre de Cristo puede salvarte en un buen estado o en un mal estado de ánimo. La sangre de Cristo debe ser vuestra confianza, tanto cuando estáis llenos de alegría como cuando estáis llenos de dudas. Y he aquí que peligrará vuestra felicidad, al empezar a poner vuestras buenas formas y buenos sentimientos en el lugar de la sangre de Cristo.

Oh, hermanos, si pudiéramos vivir siempre con la sola vista fija en la Cruz, seríamos siempre felices, pero cuando tenemos un poco de paz y un poco de alegría, comenzamos a apreciar tanto la alegría y la paz que olvidamos la fuente de donde provienen. Como dice el Sr. Brooks: “Un esposo que ama a su esposa, tal vez, le regale a menudo joyas y anillos, pero supongamos que ella se sienta y empieza a pensar tanto en sus joyas y anillos que se olvida de su marido. Sería asunto de un marido bondadoso quitárselos para que ella pudiera fijar su afecto por completo en él”.

Y es así con nosotros. Jesús nos da las joyas de la fe y del amor, y nos ponemos a confiar en ellas, pero Él las quita para que podamos volver como pecadores culpables e indefensos y poner nuestra confianza en Cristo. Para citar un verso que repito a menudo: creo que el espíritu de un cristiano debería ser, desde su primera hora hasta la última, el espíritu de estas dos líneas:

***“Nada en mi mano traigo,
Simplente a Tu Cruz me aferro.”***

Esa es la lección para el santo.

Pero otro minuto, aquí hay una lección para el pecador. Pobre pecador, tembloroso, culpable y autocondenado, tengo una palabra del Señor para ti. "La sangre de Jesucristo nos limpia", es decir, a ti y a mí, "nos limpia de todo pecado". Ese "nosotros" te incluye a ti, si ahora sientes tu necesidad de un Salvador. Ahora esa sangre puede salvarte y se te pide simplemente que confíes en esa sangre y serás salvo, pero te escucho decir: "Señor", dijiste: "Si siento mi necesidad. Ahora siento que no siento, solo desearía haber sentido mi necesidad lo suficiente". Bueno, no traigas tus sentimientos entonces, sino confía solo en la sangre. Si puedes confiar simplemente en la sangre de Cristo, sean cuales sean tus sentimientos, o no, esa sangre es capaz de salvar.

Pero tú estás diciendo: "¿cómo voy a ser salvo? ¿qué debo hacer?" Bueno, no hay nada que puedas hacer, debes dejar de hacer por completo para ser salvo. Tiene que haber una negación de todas tus obras. Debes obtener a Cristo primero y luego puedes hacer todo lo que quieras, pero no debes confiar en tus actos. Tu asunto ahora es elevar tu corazón en oración de esta manera: "Señor, me has mostrado algo de mí mismo, muéstrame algo de mi Salvador". Mira al Salvador colgado en la Cruz, vuelve tu mirada hacia Él y di: "Señor, confío en Ti, no tengo nada más en quien confiar, pero confío en Ti. Todo o nada, mi Salvador, en Ti confío".

Y tan ciertamente, pecador, como puedes poner tu confianza en Cristo, estás tan seguro como un Apóstol o un Profeta. Ni la muerte ni el Infierno pueden matar a ese hombre cuya firme confianza está al pie de la Cruz. "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo". "El que creyere y fuere bautizado, será salvo. El que no creyere, será condenado". El que cree, se salvará, por muchos que sean sus pecados, el que no creyere será condenado, por muy pocos que sean sus pecados y por muchas que sean sus virtudes. ¡Confía en Jesús **AHORA!** Pecador, confía **SOLAMENTE** en Jesús.

***"Ni toda la sangre de las bestias
en los altares judíos
podría dar paz a la conciencia culpable,
O lavar la mancha.
Pero Cristo, el Cordero celestial,
que quita todos nuestros pecados,
con un sacrificio de más noble nombre
y más rica sangre que ellos".***

EstudiaLaPalabra.org